

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARINAS

Desde que la Virgen del Carmen echa la bendición al mar — según la poética y bonita creencia de estas costas, — es lícito y es higiénico buscar en el «seno de Anfitrite» la curación de todos los males y el método más saludable de cuantos puede seguir la pobre humanidad, tan deseosa de echar remiendos á la negra tela de la vida.

Las aguas del mar, donde la ciencia supone que tuvieron su origen los organismos, donde todavía bullen miríadas de seres en constante actividad de producción, donde el microscopio revela, en una gota, un hervidero de animalillos y de plantas de asombrosa fecundidad; las aguas del mar, saturadas de yoduro, de fósforo y del salubre cloruro de sodio, penetradas de electricidad, calórico y magnetismo, vivientes y ardorosas, frescas á la vez, más que las aguas potables, y puras y limpias á despecho de todas las inmundicias que á ellas confluyen y que se pierden, disuelven y aniquilan en sus profundidades, como un mosquito en un horno encendido; las aguas del mar, amplio é inagotable depósito de salud y fuerza, reciben ahora, con desdeñosa tolerancia, la visita de muchos cuerpos raquíticos y endeble, y les envuelven, compadecidas, en un girón de su manto verde orlado de puntillas y randas de espuma...

Al ver el gentío que hormiguea en las playas, cuesta trabajo creer que hace cosa de un siglo el tomar baños de mar era considerado remedio atrevido y peligroso. Sin duda que los griegos, en su arraigada devoción á la hidroterapia, tenían por hábito y por rito religioso chapuzarse en el mar; pero la civilización occidental trajo mil preocupaciones contra la costumbre oriental de los baños, y hasta nuestra época no se ha estimado el mar como restaurador soberano y eficaz remedio para las debilidades de la niñez y de la juventud. La nota característica del mar, lo que le diferencia completamente de la hidroterapia terrestre ó de agua dulce, es que su acción es más poderosa cuanto más joven es el individuo que la ensaya. Raro parece ver en el balneario termal al niño y al tierno mancebo: raro y casi risible encontrar en el balneario marítimo al anciano, al valetudinario, al moribundo. Aquella máxima famosa que dice: «de cuarenta para arriba...» sólo es aplicable á la mojadura de agua salada. Diríase que el mar se acuerda de haber sido la cuna y el criadero de la vida orgánica, y por eso estimula la fuerza de la juventud, la savia que asciende en el cuerpo todavía no acabado de constituir. El mar pertenece á los niños; los sanatorios marítimos son hospitales de la infancia. Criaturas entecas y misérrimas, empobrecidas por la residencia en las grandes ciudades, por la mala alimentación, por la reclusión en viviendas sin aire y sin espacio, recobran á los pocos días de permanencia al borde del mar el apetito, la viveza, los cachetes colorados y la bulliosa inquietud. Porque no es sólo el agua, el ambiente del mar derrama también gérmenes vitales. Esa deleitosa impresión que reciben los pulmones cuando, después de una temporada de residir tierra adentro, se aspira al fin la brisa marina, no nos engaña como engañan otras impresiones agradables: al contrario. El aire del mar á cualquier edad y en cualquier circunstancia — á menos que la tisis haya atacado los pulmones — es medicinal y balsámico.

Dejad libre á un niño en un puerto de mar, y le veis por instinto dirigirse á la playa, como si le llamasen desde ella voces misteriosas. Si se lo permitís, en la playa vivirá el niño. Descalzándose y arregazando los pantaloncitos, se tumbará en el peñasco, lo más cerca posible del agua, gozando en empaparse de la humedad pegajosa y salobre — humedad que ni moja ni enfría. — Sus manos revolverán con fruición la arena, haciendo montoncitos en figura de casas, de fortalezas y de reductos. Al descubrir enterradas y esparcidas almejas, nácares y retorcidos caracoles, sentirá tanto júbilo como por el hallazgo de un tesoro. Las expediciones á coger conchas y á pescar son

una fiesta para los niños. ¡Qué ilusión el sorprender, en la poza tibia aún del calor solar, el vivaz cangrejo, la linda anémona y el extraño erizo! ¡Qué satisfacción orgullosa tan grande la del primer tirón que da al cebado anzuelo el simple pececillo, y qué emoción al sacarlo del agua y arrojarlo palpitante aún en el cesto, reluciente de escamas!

Pues con ser tan sencillo y tan natural el dejar que se acerquen al padre Océano las criaturas, hasta nuestro siglo no se ha observado todo el bien que de él reciben, y el baño de mar, como medicina, empieza á propagarse ahora.

De nuestros días es la vida de playa. De nuestros días las cómodas y decorosas y alegres casetas; de nuestros días los anchos sombreros de espuerta y los gorros de hule y tela embreada; de nuestros días los trajes cómodos y racionales, que salvan el pudor de la mujer, sin estorbar los movimientos indispensables para la natación; de nuestros días los sanatorios marítimos; de nuestros días la lucrativa profesión de bañero y bañera; de nuestros días la animación de algunos puertecillos y playazos, cuyos nombres poco á poco van haciéndose célebres en todo el mundo — Etretat, Trouville, Biarritz, Arcachón, Espinho, Figueira, San Sebastián, las Arenas, el Sardinero y nuestra bellísima Villa García, que los gallegos consideramos la reina de las playas, por su extensión, por su fondo de admirable paisaje y por la suntuosidad de su establecimiento balneario.

Sin fijarme más que en un detalle — la indumentaria, — me admiro del camino que en poco tiempo han adelantado los baños de mar; de cómo se han generalizado, arraigando en las costumbres hasta de la gente menos refinada. Hará cuatro ó cinco lustros, en mi pueblo — puerto de mar, y con muy hermosa bahía, — eran punto menos que desconocidos los trajes de baño para señoras. Si alguna, curiosa ó antojadiza, quería no entrar en las olas sino vestida como corresponde, tenía que sacar trabajosamente el patrón y modelo del figurín francés, cuidando de alargar mucho los calzones, que casi tocasen á los tobillos, por no escandalizar. Así y todo, la novedad del traje con pantalones, «un traje de hombre», («de mariner», según las más indulgentes) provocaba acerbos censuras, y era asunto de conversación hasta octubre. La mayor parte de las mujeres que por prescripción facultativa tomaban baños, entraban en las espumosas olas cubiertas con lo que Dios les daba á entender. Generalmente usaban lo que se llama *una túnica*, informe hopa con la cual pensaban resguardar la decencia, cuando en realidad no hay cosa menos decente, pues al penetrar en el agua se hincha como un farol y descubre lo que debiera encubrir. Los sombreros pajazón se ignoraban, y dominaban unos horribles capachos tejidos por los presidiarios, no faltando quien se preservaba del sol con un paraguas blanco todo el tiempo que duraba la inmersión — en cuclillas, porque el nadar era entonces cosa singular y amarimachada, y tenía en las mujeres carácter reprensible. — Algunas veces nos divertíamos en ir á ver, desde las ventanas de las casas que caían á la marina, la pintoresca escena del baño de las mujeres. Había perfiles altamente cómicos en todo aquello. Los chillidos al entrar en el agua, los sustos cuando venía una ola formidable, las cadenas de manos para resistir su empuje, eran asunto de risa. ¿Qué diré de aquel desnudarse á la sombra de una peña — no existía ni idea de casetas, — amparándose con la sábana extendida y sostenida por una criada? La vestimenta era también de lo más variado y caprichoso. Los que llevaban *túnica* hecha *ad hoc* y sin remiendos, eran la crema de la elegancia: la generalidad adoptaba una saya y una chambra vieja; una bata desteñida, un sabanón recompuesto, y hasta tuvimos ocasión de ver á una que había confeccionado su traje de baño con jerga de la que cubre los sacos y cajones de mercancías, é iba pregonando su origen con el letrero *¡Fragil!* estampado en letras gordas y visible sobre las espaldas de la imprevisora bañista...

De estos tiempos en que los baños de mar eran una nota humorística en el vivir, me acordaba yo al ver la bonita playa de la Barceloneta y reconocer allí esa acción benéfica del progreso, que algunos niegan, y otros, más pesimistas (como el filósofo alemán Nietzsche), califican de nefanda. La Barceloneta no es la playa de la *high life*, no es un Biarritz donde todo se paga por las setenas y donde las mujeres que viven de ostentar su belleza y sus caprichos entran en el agua con trajes de *surah* blanco guarnecidos de encaje, y sandalias griegas bien ceñidas sobre el *maillot* de seda nacarada, que se renueva á cada baño. La Barceloneta es la conquista democrática, el goce barato, al cual, para ser exquisito, sólo le estorba eso..., la baratura. Los baños de la Barceloneta son como el pan, como las sardinas, como la fruta en agosto, como el agua cristalina de la fuente

pública: no se estiman porque abundan demasiado, porque están al alcance de cualquiera. Oponed la menor dificultad á la posesión de tales bienes, y entonces conoceréis su precio.

A mí el espectáculo de la Barceloneta me sorprendió y me cautivó. Aquellos vaporcitos moscas tan cucos, yendo y viniendo cargados de gente modesta que revelaba en el rostro la esperanza del solaz y la ilusión de la frescura que se prometían disfrutar dentro de breves instantes; aquellas innumerables casetas amarillas, salpicadas por el arenal, á manera de enormes conchas; aquellos kioscos vastísimos, con sus balconajes y barandas que parecían colgados sobre la serena superficie del mar; aquel estrépito de pianos, organillos y músicas; aquellas diversiones sencillas, infantiles — los kalidoscopios, los tíos-vivos, los panoramas; — aquel bullir y hormiguar de la muchedumbre, emperifollada con las galas de la estación, el vestido de claro percal, la sombrilla de colores vivos, el sombrero de paja florido y empenachado; aquellas turbas de niños medio desnudos, revolcándose con fruición en la arena, persiguiéndose hasta empujarse al borde de las ondas — porque el Mediterráneo no tiene olas; — y sobre la alegría de este cuadro, el azul purísimo de un cielo incomparable, y un horizonte en que se abrazan y confunden ese cielo y un mar de zafiro también, un mar de Grecia...; todo esto me llenó el alma del contento que experimentamos cuando vemos una forma de la cultura, del bienestar y de la felicidad, puesta al alcance de la gente laboriosa y humilde; un placer honesto y barato, sano y natural, disfrutado por una multitud, que en aquel instante no envidia — ni tiene por qué — á los poderosos, á los millonarios!

Dícese que estos baños en el Mediterráneo no prestan el vigor, no encierran la virtud medicinal de los del Cantábrico. Quizás por eso mismo — porque son recreo y no medicina — parecen tan regocijados, tan animados, tan helénicos los baños de la Barceloneta. Al entrar en el tibio seno del Mediterráneo, los niños ríen y juegan como tritoncillos; al acercarse al Cantábrico, al ver de cerca esa masa de agua densa, verdosa ó gris, rugiente, amenazadora, que rompe en espuma..., pocos son los chiquillos que á su vez no rompen á llorar.

EMILIA PARDO BAZÁN